

Volumen

I



LOS QUE VAN A MORIR TE SALUDAN

OFRENDAS PARA ASTERIÓN
Jóvenes, Frontera y Necropaisajes

YORLANDY ANDREA QUIÑONEZ SANABRIA
YORLANDY ANDREA QUIÑONEZ SANABRIA

TALLER DE LÍNEA

Jóvenes, Culturas y Poderes

YORLANDY ANDREA QUIÑONEZ SANABRIA

COHORTE / UMZ - 21

ASESORES

PhD. Jaime Pineda Muñoz

PhD. Rayen Rovira Rubio

PhD. Germán Muñoz González

MAESTRÍA EN EDUCACIÓN Y DESARROLLO HUMANO

Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud

CINDE - Universidad de Manizales

Manizales - Abril de 2017

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	4
Los que van a morir te saludan	
TAMBIÉN DE ESTE LADO HAY SUEÑOS.....	8
LOS QUE VAN A MORIR TE PREGUNTAN.....	17
PRIMERA GALERÍA.....	21
Las Vidas Precarizadas	
SEGUNDA GALERÍA.....	34
Las Vidas Aniquiladas	
TERCERA GALERÍA.....	45
Las Vidas Arrebatadas	
CUARTA GALERÍA.....	58
Las Vidas Incineradas	
EXERGO.....	69
Galerías del dolor	

Hubo un instante en el que comprendimos que sería posible hacerlo de otra manera; hubo un momento en el que decidimos abrigar los indicios, las preguntas radicales, las inquietudes vitales en la *terra ignota* de la investigación. Los vestigios disponibles así lo exigían; las palabras que nos interpelaban así lo reclamaban.

Al adentrarnos en el Juvenicidio, esa dolorosa expresión que anunciaba un horror inexplorado, sentimos la necesidad de imaginar y evocar prácticas investigativas que pudieran huir de los dispositivos instituidos; prácticas investigativas en las que fuera posible develar la condición juvenil expuesta a la experiencia límite de la violencia sistemática, al espectáculo de la crueldad que como rutina, como hábito, como norma, va dejando cuerpos yaciendo en el asfalto, despojos de humanidad sometida a la explotación, al saqueo existencial, a la penuria del significado.

Cuando estas palabras escaparon al cerco del silencio y se hicieron públicas, una multitud de rostros sintieron que se trataba de una exhortación, de una invitación a recorrer un territorio innombrable, una geografía desolada donde el Ser se expresa en el tremor esencial

de la angustia de quien se pregunta *por qué los mataron, dónde están los restos, si alguien los ha visto, para qué contar...*

El Juvenicidio se nos convirtió en algo más que un programa de investigación y desbordó la intención pedagógica que arrastraba tras de sí, sobrepasó la fuerza enunciativa de un horizonte del saber y se transformó en una huella existencial, en un indicio del lugar natal, en un pre-texto para narrar la experiencia de sí, para develar la carga histórica de una vida, de un rastro en el camino, de una ausencia en medio de la guerra.

La primera entrega de esta herida es una ofrenda para Asterión, esa metáfora que le permitió a Andrea encontrar una manera de habitar su propio laberinto y enfrentar su miedo entre galerías que van llevando al lector por los testimonios de los que, en su natal Cúcuta, van a morir y te saludan.

Jaime Pineda Muñoz

Muchas maneras de matar

**Hay muchas maneras de matar.
Pueden meterte un cuchillo en el vientre.
Quitarte el pan.
No curarte de una enfermedad.
Meterte en una mala vivienda.
Empujarte hasta el suicidio.
Torturarte hasta la muerte por medio del trabajo.
Llevarte a la guerra, etc...
Sólo pocas de estas cosas están prohibidas en
nuestro Estado.**

Bertolt Brecht

TAMBIÉN DE ESTE LADO HAY SUEÑOS



**"También de este lado hay sueños" Tijuana, Baja California.
(México) Noviembre de 2016**

Ante mis ojos un muro que me permite ver que del otro lado el cielo parece más azul y la arena parece más blanca; además, hay personas que toman fotografías de quienes los miramos. Camino un poco, encuentro un letrero que anuncia: **“También de este lado hay sueños”**. Junto a la barda hay otros que, como yo, miran a través de los barrotes y parecen no ver el mensaje, sus ojos están fijos en el horizonte que se cuele por las rendijas.

No sé realmente qué es adentro y qué es afuera, pues desde aquí puedo ver que más allá hay otros muros, se dibujan pasadizos entre ellos, pero no parece haber una puerta de entrada o salida. **Creo que estoy en un laberinto...**

...la frontera es el laberinto, la casa de ASTERIÓN

“Cada nueve años entran en la casa nueve hombres para que yo los libere de todo mal. Oigo sus pasos o su voz en el fondo de las galerías de piedra y corro alegremente a buscarlos. La ceremonia dura pocos minutos. Uno tras otro caen sin que yo me ensangrienten las manos. Donde cayeron, quedan, y los cadáveres ayudan a distinguir una galería de las otras”. (Fragmento de La Casa de Asterión Jorge Luis Borges).

La frontera es el laberinto, la casa de Asterión. Sus calles y encrucijadas están hechas para que los cuerpos en sacrificio caminemos hacia el minotauro. Atenas, metáfora de cualquiera de nuestras ciudades latinoamericanas, sigue enviando jóvenes para saciar su hambre.

Desde aquí puedo ver los cuerpos devorados de hombres y mujeres que han sido entregados como ofrenda. Desde aquí puedo escuchar su voz a través de los muros pero no logro ponerle rostro, es posible que esté escondiendo su cabeza de toro detrás de algunas máscaras. El eco de las galerías trae sus palabras y, como si se tratara de un juego, la sangre que emana de los cuerpos no mancha ningunas manos.

Yo habito esta casa, la casa de Asterión y esta es una reflexión sobre mi frontera, sobre las calles que poblaron mi infancia, sobre los muros que se levantaron ante mí y me obligaron a reconocer el laberinto: **la frontera entre el departamento Norte de Santander y el Estado Táchira, en la franja-límite demarcado entre Colombia y Venezuela, 2.219 kilómetros de una** *“membrana sólida y porosa, que dificulta, pero no impide, el tráfico de flujos”* (Lanceros, 2005, p. 95).



Flujos de la frontera entre Colombia y Venezuela. Fuente: <http://www.araucaniacuenta.cl/>

Asumir mi lugar habitado como horizonte epistemológico me lleva a reconocer que pertenezco al borde, a la periferia y a empezar a ser, como dijera Patxi Lanceros de Eugenio Trías:

“consciente de que la tarea del pensar no se realiza en un espacio virgen, consciente de que el pensamiento tiene una permanente cita con su propia historia, pero consciente a la vez de que esta cita no se resuelve en sumisa recitación”
(2005, p. 96).

Es entonces, desde un rincón del laberinto y en la soledad de la escritura, que advierto la importancia de la tarea emprendida: intentar comprender el territorio que habito/me habita y que en su habitancia se piensa a sí mismo como una forma de resistencia. Aunque pareciera ser que este es un “no-lugar”, pues resulta imposible pensar en formas de habitarlo; sin embargo, las experiencias juveniles que caminamos hacia la muerte construimos nuevas galerías que hacen posible la vida en medio de la masacre.

Este recorrido por el laberinto me ha dejado ver las dicotomías de la frontera, donde los jóvenes son entregados como ofrenda, donde la muerte transita por los ríos, recorre las calles y hace guardia en las

esquinas; también, donde la vida se re-crea desde las formas de habitancia de esos mismos jóvenes que, mientras caminan escondiéndose del *Minotauro*, van haciendo música, van pintando las paredes, usando máscaras y escribiendo poesía. El mundo desde la frontera es un mundo de la muerte, de las muchas formas de morir; pero también es un mundo de la vida, del otorgar sentido a la periferia como posibilidad de arraigo.

Habitar la frontera es habitar el límite. La urdimbre de la frontera exige a los sujetos que la habitan construir constantemente nuevas formas de *tramar* la vida, de reinventarse caminos para la subsistencia, de construir su *ser-en-el-mundo* desde un marco axiológico propio. Vuelven a mí las palabras de Lanceros que insinúa la posibilidad de habitar el límite asumiendo las pautas que la frontera misma impone:

“De momento, el límite se ubica entre el conocido territorio del imperio y el desconocido (y amenazador) bosque desde el que se insinúa (o se sospecha, o se infiltra) la barbarie. Y el habitante del límite, los habitantes de esa franja amenazada – limitanei- elaboran, en la frontera, un estilo apropiado a su propia condición. Un estilo de ciudadanía, de ética y política, pero también un estilo de racionalidad, y de trato con lo

sagrado o separado que más allá del límite se insinúa como enigma.” (Lanceros, 2005, p. 105).

Así, pensar la frontera, implica caminar hacia el borde, ubicarse en el límite y comprender que allí sólo es posible la reflexión si se vuelve la mirada hacia sí mismo: **también soy un cuerpo joven entregado en sacrificio**, cuerpo arrojado al mundo, cuerpo que a su vez es mundo-adentro. Pensar la frontera significa pensar desde la frontera, pensar con la frontera; desentrañar *“las relaciones que tejen y la urdimbre que establecen el territorio y el lugar (...) [pues] el mundo se encuentra en todas partes pero se identifica como lugar y es desde el lugar como se habita el mundo”* (Molano, 2012, p. 44).

En esta relación **‘urdimbre-trama-telar’** la frontera es la urdimbre, el territorio; la urdimbre es del orden, la trama es de la vida; la urdimbre es el lugar, la trama es la habitancia, la trama siempre es de la vida y de la libertad, la urdimbre siempre es del orden y la contención; la urdimbre es lo disponible, la trama es lo que inventamos; habitar es tramar la vida en una urdimbre; y en el telar... el mundo de la *necropolítica*, pues aquí coexisten las peores prácticas del ejercicio de la soberanía: *“el poder y la capacidad de decidir quién puede vivir y quién debe morir”* (Mbembe 2011, p.17).

La urdimbre en mi frontera se hace cada vez más rígida, alambres de púas demarcan el territorio, cercan y prohíben el tráfico de flujos, sin embargo, éstos encuentran las fisuras, los caminos posibles en medio de la contención.



“La urdimbre”. Puente Internacional Simón Bolívar, frontera entre Colombia y Venezuela, agosto de 2015. Fotografía: Juan Pablo Cohen, Diario La Opinión.

Las imágenes de los cercos me hacen evocar la reflexión que hizo Carlos Fuentes (1992) sobre la frontera entre México y Estados Unidos, cuando escribió que *“en realidad no es una frontera sino una cicatriz”*, con la duda de saber si *“¿Se habrá cerrado*

para siempre?, o ¿Volverá a sangrar algún día?” (p.372); a lo que Lanceros confiesa que esta será “(...) una herida siempre abierta que no espera –que no consiente-cierre o sutura” (2005, p. 102).

Desde esta perspectiva, este es un recorrido por las heridas de mi frontera, heridas que se convierten en las huellas de las galerías en la casa de Asterión, heridas que nombran y muestran las caras de la muerte. Heridas que son preguntas: ¿Cómo se construyen las galerías de cadáveres en la frontera? ¿Cuáles son las formas de la muerte en mi frontera?

LOS QUE VAN A MORIR TE PREGUNTAN:

¿De qué vamos morir? ¿Quién y cómo nos van a matar?



¡El horror de la masacre en el río Táchira! (Foto: Colprensa VANGUARDIA LIBERAL) Marzo de 2014

Comprender, ese deseo que emerge de los antros de la conciencia colectiva, de los fantasmas que nos recorren, de los muertos que nos dejan un último aliento, una última huella; comprender, esa búsqueda incansable, esa inagotable persistencia que viene de los vestigios, para hacerse, para darse, para inscribirse en el horizonte de una condición incondicional, esa de ser jóvenes.

Camino y encuentro que en el laberinto estamos todos: Asterión con sus juegos que matan sin odio; los “jóvenes-ofrenda” que son fantasmas ignorados permanentemente; los indiferentes que recorren el laberinto, entran y salen de las galerías y parecen hacer su vida en medio de la masacre sin que les afecte; creo que éste es, sobretodo, un laberinto poblado de indiferentes; finalmente estamos los que asumimos el deber de contar lo que aquí ocurre para comprender que estas muertes, como las de Auschwitz, como las de Siria, nos pertenecen a todos.

Intento conservar mi condición de humanidad, no quiero morir mientras estoy viva, y este ejercicio de escritura es la posibilidad de resistirme a los paisajes del terror. La búsqueda de mi palabra escrita me arroja

al silencio, un silencio lleno de las voces de los narradores del terror en mi frontera y me convierte a mí misma en la narración de las heridas que atraviesan este rincón de nuestra América. Entre tantas formas de morir yo elijo la resistencia; mi voz desde el silencio de la escritura que se hace narración: me narro para no morir.

¿De qué vamos a morir? Preguntan aquellos que caminan hacia el *Minotauro*; seremos asesinados todos los días y de múltiples formas, contestan las voces de quienes han presenciado el «*genocidio gota a gota*» (Muñoz, 2015) en la frontera; mi frontera, conciencia colectiva desgarrada que no sabe de heridas compartidas. Heridas que permanecen en las voces que han intentado esbozar las galerías en la casa de Asterión.

Mi recorrido a través del laberinto se convierte en un relato polifónico, una historia contada desde las palabras de los que compartimos la certeza de sabernos sobrevivientes, voces que reconstruyen el terror y desde su relato empieza a delinearse la figura del narrador que, como Primo Levi, el testigo de los campos de concentración de la segunda guerra mundial, “*da*

vida a través de su voz a quienes no tuvieron la posibilidad para contar” (Cohen, 2006 pp.16).

En la voz de los narradores de este laberinto encontré un territorio de vidas arrebatadas, de cadáveres ambulantes, encontré el fuego... encontré que no basta con los cuerpos tendidos en el piso, hay otras formas de morir.

Los narradores son hombres atravesados por las historias que se alojaron en su memoria; hombres perseguidos por los fantasmas, hombres del límite que dibujan las galerías con sus palabras y me cuentan de que están hechas. En el umbral de nuestras conversaciones, aparece y se manifiesta un sentido (múltiples sentidos, incluso lo sentido) de la existencia de jóvenes cuya condición parece estar demarcada por la muerte, por la atrocidad de aparecer joven e intentar serlo en un paisaje dominado por *Keres*, la muerte violenta.

La primera galería en la casa de Asterión la conforman cientos de hombres y mujeres “*viviendo al día*”, sus calles están pobladas de personas inventándose alternativas para ocuparse: ventas ambulantes, trabajo informal, prostitución y vinculación con estructuras delincuenciales, son algunas de las prácticas que ha hecho de la Ciudad Frontera¹ un lugar en que la vida y la muerte se escabullen entre las formas de subsistencia *del y al límite*. Los narradores inician sus relatos con el inventario de lo que se encuentra en las calles del centro de Cúcuta:

Detrás del vendedor ambulante está la prostitución ambulante disfrazada; está la venta de droga ambulante disfrazada; está el contrabando disfrazado; está el ‘gota a gota’ disfrazado; está el informante de las BACRIM disfrazado; está el informante de la guerrilla disfrazado; está el informante de los grupos paramilitares disfrazado; y están los actores del gobierno disfrazados ahí metidos. (Fragmento 1 Entrevista Miguel Eduardo Osorio, 2016)

¹ Título de una popular canción de Hip Hop sobre la ciudad, escrita por el rapero “Ahiman”-Jorge Botello, Director de la Fundación Social y Cultural 5ta con 5ta Crew. La ciudad frontera está conformada por los municipios que integran el Área Metropolitana de Cúcuta (Los Patios, Villa del Rosario, Puerto Santander, El Zulia y San Cayetano), los cuales conforman un gran territorio con similares características.

En las calles de la ciudad se encuentra Asterión con sus múltiples máscaras, vigilando, esperando, jugando a esconderse entre la muchedumbre que camina abriéndose paso en medio de los toldos tendidos en las aceras, disimulando con el comercio las heridas de una ciudad que avanza sin dirección:

“Esta es una ciudad que aprendió a vivir herida, una sociedad que aprendió a caminar herida, por supuesto como capital de un departamento como estos con todos los grupos armados, además de lo que pasa en la frontera y para todo lo que se presta una frontera como el contrabando, el narcotráfico, la ciudad camina, sigue caminando pero herida...” (Fragmento 1 entrevista a Jorge Botello “Ahiman” 2017)

Una ciudad que se arrastra y lleva consigo las vidas de los hijos del desplazamiento forzado producto de las masacres de los años noventa en el Catatumbo, en la provincia de Ocaña, en el sur del César y el Sur del Bolívar; los hijos de las familias que encontraron en Cúcuta un lugar de asentamiento cercano a las promesas de amparo que la frontera podía ofrecer.

En medio las formas de subsistencia del límite, encuentro historias que me hablan de la muerte, del viento, del agua, de la tierra; me hablan del calor, me hablan de figuras fantasmagóricas dejadas de la mano

de la frontera. Jóvenes en los que es posible ver cómo se hace realidad la sentencia de Achille Mbembe:

“la cosificación del ser humano propia del capitalismo, que explora las formas mediante las cuales las fuerzas económicas e ideológicas del mundo moderno mercantilizan y reifican el cuerpo” (2006, p.14-15).

Cuerpos que cargan, cuerpos que se venden, cuerpos que se exponen en medio de las guerras urbanas; figuras derivadas del contrabando de gasolina, del tráfico de personas, del lavado del dinero del narcotráfico y de la lucha por el monopolio de los grupos criminales en el territorio.

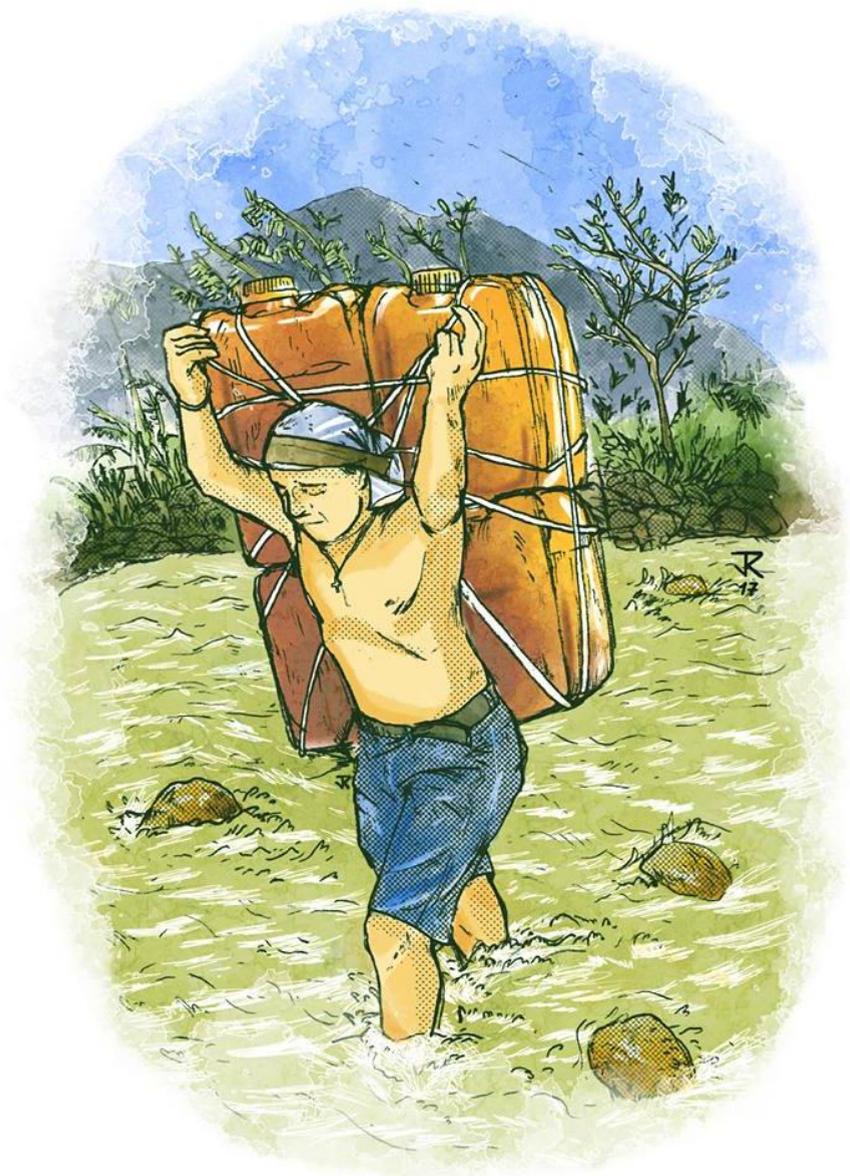
Vidas precarizadas, entregadas a las fuerzas ilegales que controlan la frontera: el maletero y el *pimpinero* resultan siendo la base que sostiene el contrabando de combustible, el cual pasó de ser una práctica atomizada y descentralizada que contribuye al sostenimiento de familias pobres, a ser una práctica cada vez más controlada y monopolizada por las estructuras criminales que tienen presencia en la región.

Después del cierre de los puentes fronterizos en agosto de 2015, los maleteros se incrementaron e involucraron en el contrabando de gasolina, pues el área

metropolitana de Cúcuta dejó de percibir el combustible a través de los vehículos que diariamente cruzaban la frontera; y se hizo necesario que la gasolina sea transportada en pimpinas y vendida al menudeo en los centros de acopio diseminados por la ciudad, donde los *pimpineros* se encargan de organizarla y distribuirla para su venta. La gasolina se compra en las estaciones de servicio de Venezuela y es transportada hacia Colombia por las trochas que conducen al río Táchira, las cuales son controladas por la Guardia Bolivariana, los grupos paramilitares y la Policía Colombiana; quienes, en diferentes puntos de los cruces ilegales, cobran un peaje de dos mil pesos (\$2.000) por pimpina (5-6 galones).

Los maleteros son hombres que diariamente cruzan el río Táchira cargando el peso que su cuerpo soporta:

Son dos tipos de maleteros, el maletero anterior era el que pasaba el contrabando por debajo del puente Simón Bolívar y atravesaba el río a pie y le importaba un pepino porque ya tenía su contacto con la guardia nacional o con las autoridades migratorias aquí en Colombia y era el que se veía con el televisor, el computador, la nevera, a las costillas. El maletero ahora es el que trae la gasolina. (Fragmento 2 Entrevista Miguel Eduardo Osorio, 2016)



(Borrador) "El Maletero"- Ilustración "El Holandés Volador". Cúcuta 2017

Transitar los caminos prohibidos para intentar cruzar las múltiples fronteras que se abren a través de los matorrales hace que la vida de estos jóvenes se encuentre en riesgo permanente; un recorrido por la prensa local, (precisamente el día en el que estoy escribiendo) da cuenta de ello.²

La labor del *pimpinero* consiste en esperar a que llegue el combustible y venderlo directamente a los consumidores; antes de agosto de 2015 era común observar, como parte del paisaje los cambuches dispuestos para la venta de gasolina que se aparcaban a lo largo de importantes avenidas de la ciudad. Ser *pimpinero* ha sido un oficio común entre los jóvenes de Cúcuta y los municipios del área metropolitana:

Los jóvenes en esta frontera viven bajo el síndrome del pimpinero, ¿qué es esto? una persona dedicada a la venta de gasolina de contrabando, una actividad permitida por el mismo gobierno nacional a sabiendas de que eso es ilegal, pues le suple al gobierno colombiano el tener que afrontar una realidad que vale cualquier cantidad de millones de dólares.

(Fragmento 3 entrevista Miguel Eduardo Osorio 2016)

² “Asesinan a maletero colombiano en San Antonio”. Joven de 21 años (Publicado el 9 de enero de 2017) Fuente: Diario La Opinión, Cúcuta.

El Estado valedor del capitalismo entrega a sus jóvenes como materia prima, con su sudor diario y con su sangre se recubren los engranajes del capital que, en la frontera, ha sabido construir un complejo sistema que equilibra los poderes de la legalidad y la ilegalidad, haciéndolo parte de su estilo de vida, permeando la cultura.

La condición del pimpinero volvió a la gente perezosa, porque el pimpinero en lo que menos gasta es en él; el pimpinero no invierte, el pimpinero espera que traigan; el pimpinero no compra zapatos porque no tiene por qué gastarlos, entonces tiene cholas o chancletas; el pimpinero no usa 'yines' porque no le interesa, además por el calor que hace acá pues vive en pantaloneta; el pimpinero no usa una camiseta, usa lo que pueda ponerse encima y si está roto mejor porque le echa más viento; el pimpinero es la persona más poco precavida que hay, se da el lujo de fumar todos los cigarrillos que quiera con quince pimpinas de gasolina, cada una con 5 galones, a ver en qué momento explota esa vaina... El pimpinero es derrochador, un pimpinero puede quedar con 150 mil pesos libres en el bolsillo, de esos 150 mil fijo se tira 50 mil o 60 mil pesos en vagabundas una noche, después llega borracho a la casa a darle una tunda a la mujer y a los hijos y al otro día se para como si nada pidiendo desayuno y vuelve otra vez y se pone la misma pantaloneta, la misma chola, la misma camiseta y se compra los cigarrillos...

(Fragmento 4 entrevista Miguel Eduardo Osorio 2016)



**"El Pimpinero" - Ilustración "El Holandés Volador"
Cúcuta 2017**

Encuentro otras voces que me hablan de la pobreza, de la falta de garantías, de las pieles quemadas por el sol, mojadas por la lluvia...

Somos la cadena más débil del mercado. Hemos querido trabajar al ojo público, sin escondernos, porque consideramos que es la manera de conseguir el sustento en una frontera binacional. Somos una población vulnerable, sin garantías del Gobierno. Gente pobre que busca sobrevivir trabajando al sol y al agua termina siendo el rostro visible de las grandes mafias. Si necesitan un positivo, ¿qué mejor el pimpinero indefenso?

(“La gasolina la ponemos nosotros”, 2015).

“La gasolina la ponemos nosotros” (El Espectador, 2015) titula una nota de prensa que, de manera rutinaria, muestra cómo la condición de (in)humanidad emerge de las palabras de un *pimpinero*: ‘la sangre la ponemos nosotros’, es una realidad que se deja ver a través de sus reclamos; **la gasolina es la sangre de la frontera** y ser *pimpinero* es una forma de morir.

Un pimpinero es una persona pobre. Es el que vende 10 o 20 pimpinas en la calle para tener un sustento para su familia. (...) Un pimpinero puede ser un campesino que le ha tocado dejar sus tierras a raíz del conflicto armado en Colombia; puede ser alguien de un barrio donde no tiene ninguna opción de empleo, porque no tiene educación; puede ser una persona que no consigue empleo digno, porque en Norte de Santander

no hay industria. O se convierte en delincuente o busca la manera de autoemplearse. Este es un trabajo que nos ha costado demasiado. Las bandas criminales nos han asesinado a varios compañeros. Como muchos no estaban vinculados formalmente a la organización sindical, no se pueden hacer las denuncias (...) Llevamos 11 asesinados desde 2011, varios amenazados y tres heridos por negarse a pagar cuotas extorsivas. Si hay bandas criminales en el Estado colombiano o en el eje fronterizo, donde hacemos nuestra labor, es culpa 100% del Estado, que es el que tiene leyes y armas para combatirlos. Lamentablemente, las mismas operan con la Fuerza Pública. Para nadie es un secreto.

(“La gasolina la ponemos nosotros”, 2015)

Los jóvenes vinculados con el contrabando de gasolina son una especie de no-hombres, desde la evocación que hiciera Primo Levi, pues *marchan en silencio, apagada en ellos la llama divina*, entregando su cuerpo como fuerza de trabajo para lograr recursos mínimos de subsistencia. Su voluntad queda sujeta ante las fuerzas del límite y asumiendo el poder de la frontera se han convertido en otra versión del *muselman*, la aterradora figura descrita por los *Narradores de Auschwitz*.

El verdadero significado de los campos de concentración de la segunda guerra mundial se

conocería a través de los relatos de los sobrevivientes; de la voz de estos narradores pudimos saber de aquellos seres que, arrastrando sus suecos de madera, movían un cuerpo que ya no parecería humano; aquellos hombres que entregaron su voluntad y sus esperanzas al poder del campo; cualquier rastro de humanidad había desaparecido de ellos y ya sólo quedaba un cascarón vacío sin pensamientos ni emociones: un cadáver ambulante.

Mi frontera es un espacio del terror que niega la posibilidad del porvenir; territorio amenazado por la desigualdad, **la precarización de la vida** y las muchas formas de violencia. Estas galerías incluyen, también, cadáveres ambulantes: ***Ser joven de frontera es ser cadáver ambulante...***

...¿Soy cadáver ambulante?

No quiero ser cadáver ambulante...

El *pimpinero* y el *maletero* son *habitantes de frontera o limes*, es decir, sujetos del y al límite que construye su condición de (in)humanidad en relación con su oficio, como única forma de subsistencia en un territorio dominado por los poderes del terror que se financian

con la sangre de la tierra convertida en hidrocarburos. La gasolina sustenta y mueve la economía de la región y estos jóvenes emergen como representación del **sujeto fronterizo**, construyen su condición de humanidad propia en el límite, en la frontera (Lanceros, 2005).

SEGUNDA GALERÍA

...Las Vidas Aniquiladas

En la comprensión del marco axiológico que se construye desde la frontera, continúa esta búsqueda de los **narradores de la necropolítica**, esos sujetos “*del y al límite*” que han intentado dibujar las “galerías de cadáveres”, galerías que van nombrando otras formas de la muerte. Ahora encuentro con una voz que, acogida en la tranquilidad del hogar, decide hablar de este “aterrador cuadro” y responder algunas inquietudes que son ecos dolorosos de un esfuerzo nunca materializado.

Cuando escucho sus respuestas me siento sobreviviente... Me hablarás de la sobrevivencia, me hablarás de X, de esa variable anónima que pudo evitar tantas muertes...En sus bordes emergen respuestas que aún aturden mis oídos. ¿Podré escuchar el inmenso mar que se abre ante la fuerza de estas palabras-heridas que hablan de lo que en mi frontera pasa y ha pasado (seguirá pasando) con los jóvenes?

Miguel Eduardo Osorio, un periodista y abogado de Cúcuta, me cuenta que hace algunos años desde acá se buscó aleccionar a los jóvenes del laberinto transformando las historias de sus muerte en una “cartilla pedagógica” que llevaría por nombre **Gonzalo**

X: “estrategia formativa” que intentó ser promovida desde la alcaldía de Cúcuta (2012-2015), buscando hacer frente a las estadísticas de problemáticas sociales en la población juvenil.

“Gonzalo X buscaba ser una cartilla que se imprimiera y se entregara dentro de otro proceso pedagógico que tenía la administración municipal en **prevención contra el embarazo precoz, el consumo de sustancias psicoactivas y el consumo de alcohol en menores de edad**. Se buscaba que, con las historias que se iban a narrar, en su totalidad reales pero con nombres ficticios, se generara de alguna manera un sentido de responsabilidad en una población que es absolutamente despistada frente a lo que pasa en su entorno y se iba a manejar en instituciones educativas de zonas marginales de alta incidencia de delincuencia, de situación social altamente complicada, donde la violencia intrafamiliar, el microtráfico, el pandillismo, la prostitución son el pan de cada día.”

(Fragmento 5 entrevista Miguel Eduardo Osorio 2016)

Esta voz que con su vehemencia interpela y se lamenta al recordar la tarea encomendada: recorrer las muertes de menores de edad en la ciudad, para elegir las que serían convertidas en historias “aleccionadoras” dirigidas a estudiantes de los barrios periféricos con un único mensaje: **“lea mijo si sabe leer, póngale los cinco sentidos si quiere sobrevivir”**. Pero... ¿Cómo

sobrevivir en la cuarta ciudad más violenta del país?
¿Hacia dónde dirigir los sueños en medio de los homicidios permanentes?

“Gonzalo X” se planteó como un ejercicio de ***inquisición cultural***, “*un cuestionamiento social y de hecho a una cultura y una forma de vivir*”:

“No estoy hablando de una balanza del bien y del mal, no, pero sí es una inquisición porque es a partir de una estrategia del Estado que se va a pretender cambiar un modo de vida aceptado socialmente en cualquiera de sus niveles y no hablemos de estratos, hablemos de los desposeídos, los que no tienen techo, trabajo, salud, educación y de los que manipulan y tienen el control absoluto, monopolizado de la economía local, de la política local, de las instituciones locales, todos absolutamente todos metidos en la misma paila aceptando esa situación.”

(Fragmento 6 entrevista Miguel Eduardo Osorio 2016)

Las historias de Gonzalo X irremediablemente evocan las calles y los rostros de “Rodrigo D no futuro”, aquella película colombiana de los años 90 que nos permitió reconocer los rostros de los jóvenes de la Medellín pobre, violenta y asesina de sus jóvenes.

El nombre de la “cartilla” de la Alcaldía de Cúcuta es un subyacente de memoria de esta película y, como los

jóvenes suicidas y sicarios de aquella Medellín, estos jóvenes fronterizos, que deambulan en el laberinto, intentan sobrevivir, llenar de sentido una vida construida en medio de la violencia, la pobreza y la garantía de que no hay un futuro posible.

En medio de un cuadro horrendo que pintaban las estadísticas de Medicina Legal,³ la Policía Metropolitana de Cúcuta y Fiscalía en aquellos años, la tarea encomendada fue buscar historias macabras de crímenes donde las víctimas fueran jóvenes entre los 12 y los 17 años, edades en las cuales se iba a distribuir la cartilla:

(...) teníamos que buscar a la niña embarazada que la asesinan, que no es la única, pero la más diciente y la más patética es esa; porque la mamá sabía que estaba embarazada y tenía otro niño, pero no sabía con qué amigos estaba

³ **Tabla 1. Comportamiento homicidios Área Metropolitana de Cúcuta 2012-2014.**

DEP/MUN	2012	2013	2014
Norte de Santander	607	483	404
Cúcuta	361	280	196
Villa del Rosario	51	30	30
Los Patios	32	22	13
El Zulia	22	16	7
Puerto Santander	1	4	14

Fuente: Elaboración propia a partir de las cifras del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses años, 2012,2013 y 2014

saliendo, pero si sabía que se iba para la esquina de no sé dónde y que en esa esquina precisamente de ese barrio eso era una sola neblina del humo de marihuana y de bazuco que consumían. Todo el mundo lo sabía. Este es un criterio morboso, patético, horroroso, pero se buscaba era que impactaran.

(Fragmento 7 entrevista Miguel Eduardo Osorio 2016)

Y como si el desasosiego de recorrer las calles del laberinto no fuera suficiente, la estrategia institucional consistía en publicar espejos, llevarlos a las instituciones educativas para que ellos mismos se reconocieran en las historias y que fuera el miedo lo que desarrollara en ellos el “instinto de conservación”, ahí la labor del *narrador periodista* fue clave para seleccionar los espejos que mejor reflejaran el terror de ser joven en la frontera:

*(...) yo tuve que hacer amarillismo, buscar lo que se vendiera, así de sencillo. Quién lo iba a vender, pues no lo iba a vender un medio de comunicación, lo iba a vender la institucionalidad, el Estado en su nivel municipal y ¿qué iba a vender? **Miedo, iba a vender miedo. Iba a vender espejos: ¡Aquí estoy yo!***

(Fragmento 8 entrevista Miguel Eduardo Osorio 2016)

Un Estado que proyecta sus políticas del terror para controlar los cuerpos al interior del laberinto; el mismo

Estado que posibilita y fortalece las estructuras de la muerte en el territorio, ahora se presenta con sus “políticas de la protección” intentando ejercer control a través del miedo.

Mientras tanto, irrumpen las voces de los que preguntan **¿Cómo nos van a matar?:** Serás torturado, tu cuerpo será abandonado en algún paraje y te encontrarán muchas horas después; serás atada y violada, tus padres tendrán que reconocerte en la morgue de la ciudad; serás sorprendido en una esquina con tus amigos y allí te van a disparar... ***balas, cuerdas, golpes...*** cualquier herramienta estará bien para acabar con tu vida.

Gonzalo X se cuenta a través de 10 historias anónimas, reales y no resueltas por las autoridades locales: (1) “El bebé que no nació”, una joven de 15 años embarazada de su segundo hijo; (2) “El Extraño amigo”, un joven de 15 años que viajó desde Córdoba hacia Cúcuta para acompañar a un amigo; (3) “Sin rumbo por el Barrio”, un joven de 16 años que fue atacado por sicarios mientras caminaba por la calle; (4) “Los Zapatos Nuevos”, un joven de 15 años que trabajaba temporalmente en la Central de Abastos para reunir lo de pagar un par de zapatos nuevos; (5) “El menor del

bar”, un joven de 17 años que descansaba en la habitación de un bar cuando un desconocido entró a buscarlo y le disparó; (6) “Una vida por oficios varios”, un joven 16 años dedicado al mototaxismo, asesinado mientras conversaba con su madre; (7) “Quién rondaba a Yesica”, una joven de 14 años asesinada en la casa de sus padres mientras lavaba su ropa; (8) “Las tareas que no se realizaron”, un joven de 12 años que salió hacer tareas con unos amigos y su cuerpo fue encontrado sin el pulgar de su mano izquierda; (9) “Esta es mi hija”, una joven de 17 años que tuvo que ser reconocida por su padre en la morgue de la ciudad; Finalmente (10) “El novio que no se conoció”:

El aparente suicidio de otra niña, tal vez yo creo que fue el que más me impactó, porque la niña termina violada. ¿Quién entró, quién la crucificó, quien la ahorcó, por qué está violada? No hay rastro, solamente una puerta abierta. La fiscalía arranca por suicidio, pero puede ser cualquier cosa.

(Fragmento 9 entrevista Miguel Eduardo Osorio 2016)

Las **Vidas Aniquiladas** convertidas en historias de Gonzalo X hablan de Cúcuta, de los cuerpos tendidos en la calle, de las calles por las cuales transitan estos cuerpos, de sus barrios, de sus dolores, de la incertidumbre, del silencio de los padres y del peligro

que significó cumplir con la tarea de indagar en ellas: temor, complejo de persecución, sospecha... y finalmente el criterio ético y jurídico de no publicarlas.

No podía ir más allá pues no tenía los permisos de los papás para nombrar a los menores, por eso se ponen nombre ficticios, pero al poner nombres ficticios había también, en cierto momento, que desdibujar la historia, porque un papá con cinco dedos de frente se pone a leer una cartilla de esas y dice 'pero es que me están contando la historia de mi nieto, de mi sobrino o de mi hijo... o es el hijo de mi vecino', eso de alguna manera cierra el panorama, es una limitante de carácter ético, más no una autocensura.

(Fragmento 10 entrevista Miguel Eduardo Osorio 2016)

Sigo tratando de comprender la magnitud de estas historias reunidas, de asimilar el horror que transita en la frontera, de delinear la cara del *Minotauro* que habita las calles de mi ciudad, de descubrir sus máscaras, de recorrer las galerías de cadáveres que van quedando diseminadas en el laberinto; una especie de mapa se va dibujando: la distribución y disposición en el territorio de las tecnologías del necropoder; las cuales han construido un complejo sistema de deshumanización del ser joven que, involucrado en las estructuras ilegales de la frontera, arrebatan la dignidad de su vida

y, asimismo, su muerte está despojada de cualquier dignidad posible:

Ellos [los jóvenes] antes eran las víctimas de la droga, ahora no solo son las víctimas de las drogas sino que son las marionetas, los títeres, los payasos, la pantalla, la cortina de humo que utilizan las mentes perversas y pervertidas que manejan esos negocios, que en últimas no termina perdiendo nada. Un muchacho de esos no le cuesta absolutamente nada para los ingresos que tiene; si es que infortunadamente tenemos que tazar la vida y la expectativa de vida de un muchacho en esos términos.

(Fragmento 11 entrevista Miguel Eduardo Osorio 2016)

Como las figuras descritas por los narradores de Auschwitz, sus vidas han perdido valor y sus muertes no podrían ser nombradas propiamente como muertes, pues han ocurrido incluso antes de la exterminación física.

El ejercicio dejó en los ojos del ser humano que me habla una sensación de desesperanza, de impotencia, el testimonio de estas palabras deja ver que las historias de Gonzalo X atravesaron su vida y, como aquellos sobrevivientes de los campos de concentración, ha logrado, con sus relatos, devolver parte de la dignidad arrebatada a la muerte de estos jóvenes.

Miguel se ha convertido en un testigo de la barbarie que ocurre en Cúcuta y que se esconde detrás de la fachada de las estadísticas y los titulares de prensa. Sus historias de Gonzalo X intentan poner en palabras lo inenarrable, el terror de ser joven en una ciudad asesina e indiferente, una ciudad que olvida estos cuerpos una vez son levantados de las aceras y ocultados en los cementerios.

TERCERA GALERÍA
...Las Vidas Arrebatadas

El recorrido por el laberinto me demuestra que, como si la crueldad del exterminio físico no alcanzara, en Norte de Santander, la desaparición forzada ha construido uno de las pasajes más dolorosos de la guerra en el país; ya no es sólo la “violencia de lo cotidiano”; ahora, las implicaciones sociopolíticas de la frontera hicieron que esta práctica se sumara a una compleja red que planeó, diseñó y ejecutó un sistema propio para ejercer el control del territorio a través del terror. Este territorio que es una utopía, este laberinto que es necesario delinear desde las cartografías que la muerte ha ido trazando a los largo de la historia, pues los paisajes que recorreremos dan testimonios de ella, pero... ¿Qué ocurre cuando no hay testimonio de la muerte? ¿Cómo se nombra la muerte de aquellos que desaparecen?

Encuentro vidas detenidas, que caminan, que recorren, que abrazan las fotografías de sus desaparecidos; aquellos a quienes les fue negada la dignidad de la despedida, el ritual de la entrega del cuerpo a la tierra pues sus cuerpos se encuentran diseminados, hundidos, incinerados; la cartografía de este Departamento también está hecha de las huellas que dejaron los ausentes, por ello para continuar la vida es fundamental

emprender la búsqueda de las muertes que nos arrebataron.

*La tanatología cartográfica está demandando avezados expertos que tracen los rumbos de la rosa de los vientos terrestres y celestes y marquen los hitos en el subsuelo y el subcielo. Ellos deben aventurar hipótesis para tratar de encontrar el lugar de los que no están, de los que **han partido**, de los que **han desmenbrado** para negarles un lugar en las representaciones de la muerte. Se trata de elaborar una cartografía con óptica –no sinóptica–; es decir, con registros de la memoria de los muertos y de la sociedad sobre sus seresidos, espacializada en mapas que permitan hacer del misterio realidad, del sentir, presencia. (Molano 2012, p,15)*

Esta tanatología cartográfica de los desaparecidos ha sido construida por otras voces; otros narradores aparecen hurgando entre los sueños que se esfuman de las manos del *Minotauro*: movido por el interés literario de afrontar un tema que sólo había sido abordado desde los datos estadísticos y la frialdad de las instituciones de “justicia”, Darío Monsalve (Darío Sarago),⁴ “*un poeta borracho y triste*”, intentó escribir

⁴ Darío Monsalve es un joven poeta y periodista de Cúcuta. Se vinculó a la Fundación Progresar en el 2009 e inició una investigación sobre el delito de la desaparición forzada en Norte de Santander. Sus publicaciones literarias llevan el seudónimo de Darío Sarago. En este apartado haré alusión tanto a su producción

“La Gran Crónica de la Desaparición Forzada en Norte de Santander”: **Tantas Vidas Arrebatadas**, un libro publicado por la Fundación Progresar.⁵

En ese mundo de los derechos humanos, de los crímenes de lesa humanidad y de violaciones al DIH me pareció que **la desaparición forzada es el culmen de las atrocidades y de la aberración del conflicto**, además de ser un tema del que no se conocía porque, a pesar de que ya llevaban como cinco años de la desmovilización de las AUC se había pasado por encima.

(Fragmento 1 entrevista Darío Monsalve 2016)

Darío Sarago, un poeta que lleva *los estigmas del diablo*, en una ciudad donde *también Dios está herido*, me recibió en un pequeño lugar en el centro de Cúcuta; allí, en medio de su biblioteca, cuidadosamente organizada en columnas que se alzan hacia la luz de la ventana, me habló de las **Vidas Arrebatadas** de este Departamento; aquellas que pudo reunir después de transitar por este ejercicio literario que tenía como propósito relatar una de las modalidades del terror en la frontera.

como periodista como a su poesía, por este motivo se le nombrará de diferente manera a lo largo del texto.

⁵ Organización No Gubernamental interesada en la protección de los Derechos Humanos en Norte de Santander.



Biblioteca Darío Monsalve - Cúcuta 2016

Comprendiendo, como Joaquín Molano (2012), que es preciso salir al encuentro de los caminos y los lugares de hallazgo que la muerte señala, “(...) apoyados en un principio fundamental de la vida, que expresa que hay que enterrar a los muertos, creo conveniente dar cuenta de los territorios, reconstruirlos y dibujar los mapas de dichos lugares.” (p.13). Éstos, también están hechos de las ausencias de cientos de seres humanos desaparecidos.⁶ En Norte de Santander este delito empezó a formar parte de las tecnologías del necropoder diseñadas por las fuerzas paramilitares que utilizaron la frontera como instrumento de innovación:

⁶ En Tantas Vidas Arrebatadas se evidencia que entre el 2000 y el 2009 se reportaron 947 casos de denuncias por desaparición en Norte de Santander, de los cuales se ha podido identificar plenamente 345 casos como desaparición forzada.

*“la diferencia de esta modalidad en Norte de Santander, que se ha presentado en otros momentos históricos y otros lugares del mundo, es que precisamente en las modalidades que investigamos nos dimos cuenta que los grupos paramilitares no solo se quedaron en las modalidades ya conocidas como las fosas comunes, los ríos o el descuartizamiento de personas, sino que llevaron un escalón más allá lo macabro de este accionar. (...) terminamos por darle un nombre a esa nueva modalidad creada por los grupos paramilitares en el Departamento y lo llamamos **desaparición transfronteriza**”.*

(Fragmento 2 entrevista Darío Monsalve 2016)

Una nueva galería hecha de ausencias, de esperas, de jóvenes que un día salieron a trabajar y ya no regresaron a casa; de amigos que se reunieron en un bar y fueron obligados a subir en una camioneta; de taxis abandonados en medio de una calle; de inmersiones nocturnas en los barrios.

Las **Vidas Arrebatadas** de cientos de hombres y mujeres cuyos cuerpos fueron diseminados por los ríos, plantados en fosas comunes, desmembrados y posteriormente incinerados o lanzados al otro de la frontera.

***La desaparición transfronteriza** es valerse de una zona limítrofe, de una zona de frontera para la desaparición de personas y de cuerpos, desaparecer a una persona en un país y*

lanzar su cuerpo o desaparecerlo en otro país; en este caso es tomar o raptar personas en Colombia, en Norte de Santander y llevar sus cuerpos, lanzar sus cuerpos, arrojar sus cuerpos, desaparecer sus cuerpos en la zona fronteriza que viene siendo San Antonio, Ureña, Capacho, bueno... toda la zona limítrofe del Departamento; y por qué decimos que esto es diferente, primero, porque ningún grupo lo había hecho a nivel nacional, que se conozca; y segundo, porque ese plus de desaparecer a las personas al otro lado de la frontera prácticamente sella el desconocimiento del paradero de la persona.

(Fragmento 3 entrevista Darío Monsalve 2016)

Desde las palabras de Darío puedo ver que esta frontera ha sido cómplice de los grupos paramilitares, pues aquí la burocracia y la “*desidia del Estado por los problemas sociales*” contribuyen a delinear los paisajes del juvenicidio.

Primero porque ahí entran a jugar muchas cosas políticas, económicas, también, porque el Estado colombiano no puede entrar a investigar más allá de sus fronteras, no puede darle orden a otro país para que investigue, o que otro Estado investigue delitos ocurridos en su propio territorio; y segundo, se vuelve un problema social porque para los familiares de víctimas de ese delito se vuelve casi imposible acceder a Venezuela para lograr la aparición del cuerpo, porque el Estado Venezolano pone muchas trabas, muchos inconvenientes... por los mismos tiempos, porque la misma

jurisprudencia de ese país define que cuando ya una persona tiene cierto tiempo de NN, el cuerpo es llevado a una fosa común en un cementerio público donde prácticamente se pierde el rastro”.

(Fragmento 4 entrevista Darío Monsalve 2016)

Cuerpos que hacen parte de un nuevo intento por comprender cómo, en medio de la guerra, este territorio se convirtió en un bastión de la desaparición forzada en el país, delito que *“creó sus propias versiones de masacres (autos abandonados con grupos de ocupantes ejecutados) y descuartizamientos (bolsas dispersas conteniendo miembros de cuerpos) en zonas suburbanas e incluso muchas veces urbanas, a escasos metros de vías o en medio de asentamientos humanos”*, que se convirtieron en escenarios clave para la desaparición de personas (Monsalve, 2010 pp.55-56).

En **Tantas Vidas Arrebatadas** fue posible reconstruir parte del terror, delimitando, incluso *“la localización preferente para implementar la desaparición forzada de personas en Norte de Santander”*. Los investigadores que emprendieron este trayecto encontraron que los 40 municipios del Departamento registran víctimas de este delito, especialmente **Cúcuta, Tibú, Villa del Rosario**

y Puerto Santander; y en todos ellos “hay lugares comunes para la muerte”:

*“Durante años, fincas, parcelas, viviendas en barrios de Cúcuta, terrenos abandonados o baldíos, de tupida maleza, sembradíos, surcos, cunetas, precipicios, cuevas, nichos de empaderamiento, afluentes de ríos, desagües, basureros o establecidos **laboratorios de exterminio por incineración** (...) lugares de aciaga popularidad en diferentes zonas de la región, por haberse convertido en verdaderos centros de interrogatorios, torturas, ejecuciones, desapariciones y demás formas de violencia, que hicieron de algunos tramos, parajes o terrenos, espacios completos en que reinaron la impunidad, el dolor, el terror y la muerte” (Monsalve, 2010 pp.59)*

La *ocupación colonial* (Mbembe, 2006) del proyecto paramilitar en Norte de Santander da cuenta de la utilización de las tecnologías del necropoder para adquirir, delimitar y hacerse con el control físico y geográfico de un departamento que se convierte en territorio estratégico para el desarrollo de la guerra en el país, por considerarse una de las fuentes de financiamiento más importantes de los grupos ilegales; y es medio de esta disputa en que aparecen y se perfeccionan las innovaciones tecnológicas del juvenicidio, al punto de llegar a diseñar ritos sacrificiales que configuraron lugares para la muerte,

formas inéditas de tortura y el perfeccionamiento de la desaparición forzada de personas como técnica para el ocultamiento del delito.

En Darío existen dos narradores: el periodista que cuenta el mundo a través de la investigación y la organización sistemática de hechos, cifras y datos históricos a fin de explicar las condiciones a partir de las cuales se instaura y distribuye el terror como instrumento de poder; y el poeta, que se anuncia como un “*ángel opaco y de brazos cruzados*”, que se ha permitido el artificio necesario para convertir en arte lo que ha sido vedado, lo que ha estado oculto a las palabras; y así, transformar en poesía el horror de habitar esta “*ciudad inmunda / donde sólo hay sol y viento, / niños descalzos, perros durmiendo [donde] Entre tumbas y tumbas han sido levantadas estas calles*” (Sarago, 2015).

El poeta hace frente a la necesidad de comprender este presente histórico en el que “*el hombre se ha convertido en una máquina a la que de un tiempo para acá le viene fallando todo*” (Sarago, 2015):

“el ser humano es un animal peligroso y violento, es un ser que básicamente está regido por intereses económicos,

porque esto no es ni siquiera un fenómeno de violencia, pues, este operar de los grupos hacía parte de un proyecto económico; este proyecto fue básicamente para implantarse en un departamento y apropiarse de sus recursos y de sus fuentes económicas, apropiarse de las fuentes ilícitas de financiación y desde ahí mantenerse a sangre y fuego”.

(Fragmento 5 entrevista Darío Monsalve 2016)

Así, *“persistimos, desde luego, en la obsesión por lo real, porque el poeta garantiza que la lengua conserve su poder de nombrarlo”* (Badiou, 2005, p.37); y la poesía de Darío Sarago nombra su lugar en el mundo, como aquel que ha dedicado su vida a estudiar las puertas del infierno:

Las puertas de infierno

Entregado al estudio de las puertas del infierno, que como todos saben se halló vacío tras el fracaso de las profecías, he pasado décadas intentando describir apenas alguna talladura.

Durante noches enteras examiné arabescos humeantes y huellas de alquitrán.

Ahora, mientras inicio un retiro forzoso a raíz de las complicaciones producto de los malos olores y las altas temperaturas, entrego a las organizaciones interesadas el curioso resultado de tan miserable empresa.
(Poema publicado en *“La fiebre de los cerdos”* Darío Sarago, 2015)

La poesía de Darío Sarago es el eco de las palabras que ya no pronunciaron “los hundidos” de Primo Levi, el poder de su testimonio funda el poema y declara: “**Yo tengo un dolor o lamento...**” terminando por contener la realidad de habitar el laberinto: “**En adelante mi agujero es no estar muerto**”. El poeta, es la respuesta a “la paradoja de Levi” que planteara Giorgio Agamben en el Homo Sacer: *el hombre que ha podido sobrevivir al hombre*. Darío Sarago es el “testigo integral” que observa y sonrío con ironía a los que se nombran sobrevivientes:

“Esto es una generación de víctimas, este país es un cementerio nacional, y esta frontera es un cementerio y un purgatorio, dos en uno; porque aquí la gente no vive, sobrevive... y sobreviven para que los maten”.

(Fragmento 6 entrevista Darío Monsalve 2016)

Sus ojos me miran desde la profundidad de las cuencas hundidas; sus gestos están determinados por las líneas del cráneo al que se pega la piel, sus manos huesudas, con largos dedos sostienen el cigarrillo mientras de su boca salen palabras que no intentan devolver la dignidad arrebatada. Es un “poeta, ignorado, [que] monta guardia contra el extravío” (Badiou, 2005, p.37);

ahora puedo verlo, *“como un vivo bajo tierra / como un muerto que no se quiere dejar enterrar”* (Sarago, 2015).

Y lo dejo allí, recostado a una de las paredes del laberinto, con un cigarrillo que tiembla entre sus manos huesudas, sonriente por saberse dueño de una verdad que sólo él ha podido comprender: la humanidad es un proyecto fracasado, caminábamos al borde del abismo y caímos hace muchas décadas; ahora todos somos fantasmas que miran a través de unos ojos vacíos.

“una especie de bunker deshabitado frente a un horno apagado rodeado de delantales plásticos, un mesón con motosierras pequeñas, dos neveras y dos canecas plásticas en las que podía distinguirse contenidos juiciosamente clasificados: en una se veía un baldado asimétrico de cenizas (...); en la otra, un cúmulo de botones, cremalleras, braguetas y demás restos de accesorios metálicos. (...) Decenas de bolsas fueron descubiertas ese día, los restos de cientos de seres humanos (incluso una bolsa repleta de fetos), que habrían sido incinerados y posteriormente utilizados por los paramilitares para abonar un jardín a escasos kilómetros de una base militar” (Osuna, 2015 p.280-283).

En los intersticios del laberinto quedan rastros de los que ya no están; girones de ropa y algunos zapatos dispersos en medio de la maleza dejan ver que muchas personas pasaron por este lugar y dejaron sus marcas.

Un hombre adolorido y obstinado custodia los restos de una estructura abandonada en medio de un paraje rural; defiende las paredes de los golpes que intentan derrumbarlas. Esta estructura hace parte de la galería de la desaparición forzada en Norte de Santander: los hornos crematorios construidos por los grupos paramilitares para incinerar los cuerpos de sus víctimas y ejercer control del territorio a través del terror.

Javier Osuna, es un joven periodista bogotano que, desde su oficio, ha querido arrancar las palabras que quedaron pegadas a las paredes de los hornos, intentando con ello reivindicar las voces de las víctimas; aquellas voces que pretendieron silenciar; voces que encontraron en la investigación convertida en libro la posibilidad de relatar sus vidas y sus muertes, sus desapariciones a través del fuego y la intención de sus victimarios de borrarlos del paisaje.

Al encuentro con Javier lo antecedió un par de correos electrónicos, una amiga en común y una cita concertada para tomar un café en el restaurante del hotel que lo resguardaba, pues el libro que me permitió conocerlo y su trabajo periodístico le arrebataron la libertad de salir a la calle sin compañía. Una conversación de más de una hora, que se dio con la naturalidad de quienes tienen mucho que compartir y poco tiempo, terminó con un abrazo grande, de esos que hinchan el alma y hacen sentir que el coraje de la palabra y el amor por la vida se puede contener en el pequeño espacio del mundo en que dos personas se saben atravesadas por el mismo dolor y cercanas en la convicción de no perder la esperanza.

En el 2008, con las declaraciones de Jorge Iván Laverde Zapata, alias 'El Iguano', el país descubrió que en Norte de Santander se produjo una nueva definición de la desaparición forzada: *“dentro de las múltiples representaciones que nuestra cabeza elabora cuando imagina al desaparecido, se sumó la posibilidad de ser extinto mediante el uso del fuego como parte de una estrategia criminal que decidió borrar todo rastro del ser humano”* (Osuna, 2015, p.20).

El fuego, se convirtió en la herramienta para el ejercicio del poder de los grupos paramilitares de la frontera, generando así una especie de innovación en las tecnologías de desaparición forzada perfeccionando la práctica y alcanzando un grado de terror que ha sido imposible relatar.

Me Hablarás del fuego: Los hornos de la Infamia (2015) contiene parte de este horror que el proyecto paramilitar construyó en Norte de Santander, Javier Osuna comprometió su humanidad, y su labor como periodista, con la tarea de dibujar los Necropaisajes y – desde las palabras de su amigo el poeta chileno Raúl Zurita– *“nos muestra que todo crimen es un genocidio y que en cada ser humano torturado o asesinado, se tortura*

y se asesina a la humanidad entera”; lo que nos lleva a pensar que lo humano en el hombre ha sido herido para siempre y en este rincón del mundo, Auschwitz se convirtió en un horizonte de posibilidad (Cohen, 2006).

La instauración de un Estado totalitario en este departamento nos lleva a pensar que entre 1999 y el 2004 se vivió a la sombra de un estado de excepción en el cual se permitió *“la eliminación física no sólo de los adversarios políticos, sino de categorías enteras de ciudadanos que por cualquier razón no (...) [eran] integrables en el sistema político”* (Agamben, 2004, p.11).

Este poder totalitario que se consolidó en Norte de Santander generó una serie de relaciones interinstitucionales que posibilitaron, coadyuvaron y se beneficiaron de la construcción de los hornos crematorios en Juan Frío (corregimiento del municipio de Villa del Rosario) y en Puerto Santander. La policía, el ejército, el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS), líderes políticos y personas del común participaron de esta práctica que funcionó durante más de dos años, convirtiéndose en la

manifestación más aberrante de la racionalidad instrumental derivada de la guerra en el Departamento.

El fuego se convirtió en el cómplice de la masacre, en la posibilidad de reducir a cenizas los restos de las víctimas, de borrar todo rastro de la existencia, de desaparecer irremediabilmente.

“La forma sistemática y maquinal con la que se ejecutaron estas desapariciones, indican la existencia de una realidad en medio del conflicto muy cercana no sólo a la práctica del mal, sino a la banalización de esa destrucción. Convertir el horror del crimen en algo sistemático y rutinario” (Osuna, 2015, p.57)

Las **Vidas incineradas** de más de 560 personas componen esta nueva galería, un escenario del terror que permanece en pie y que podría ser convertido en un memorial que intente conceder parte de la dignidad arrebatada a estas muertes, antes de que termine de ser consumido por la naturaleza o derribado por las mismas manos que lo pusieron en funcionamiento hace cerca de 15 años.

Jirones de ropa, zapatos y restos de las estructuras que aún permanecen en el trapiche de Juan Frío⁷, como

⁷ Corregimiento del Municipio Villa del Rosario, a 15 minutos de la Ciudad de Cúcuta en Norte de Santander, Colombia.

testimonio de los seres humanos que dejaron sus miedos, sus anhelos y sus proyectos adheridos a las paredes de los hornos.

Para el narrador ha sido inevitable la realidad de tener que aprender a vivir en medio de la tristeza que, ahora, comparte con las víctimas: *“Y en adelante no existirá un solo día de mi vida en el que me abandone la tristeza de no encontrar su ropa. Que es también la mía”* (Fragmento final de la Carta a Luis, Moisés y Víctor. Osuna, 2015, p.289).

El trabajo de Javier demuestra, como dijera Spitaletta de Juliis Fučík⁸ que *“el periodista ofrece, en medio de su situación crítica, de ser un prisionero, torturado y vigilado, una lección de ética, de un lado y de periodismo combativo, del otro”* (Spitaletta en Fučík, 2015, p.6).

Un trabajo que ha hecho que su vida sea poblada por un sentimiento, en ocasiones, mayor a sus propias fuerzas:

El miedo te va volviendo como una sombra de lo que eres. El problema del miedo es que paraliza... el miedo real... yo sé que hay gente que le tiene miedo a cosas... pero no estoy hablando del miedo metafórico, estoy hablando del miedo

⁸ periodista checoslovaco, miembro del partido Comunista, que fue capturado torturado y asesinado por la Gestapo en 1943.

existencial; el miedo existencial paraliza, y ahí, cuando eso se entume pues se entumen cosas que tú quieres mucho y que son fundamentales para tu vida.

(Fragmento 1 entrevista Javier Osuna)

Amenazas, esquemas de seguridad, incendios en su apartamento y miradas que persiguen continuamente sus pasos son el resultado de esta investigación; incluso, Asterión ha llegado a caminar a su lado fingiendo que lo cuida, disfrazando su acecho, intentando controlar su voz y la música adolorida que se escapa de la guitarra que lo acompaña; una forma de la muerte se apoderó de su vida, la muerte del carácter provocada por el temor permanente por su vida y la de su familia, una muerte que arrebató el futuro y la esperanza:

“sentía que me habían asesinado el carácter, no lo había podido poner en las palabras en las que ella lo puso, pero sentía eso, se había ido la magia de lo simple, se había ido la magia de ilusionarse, la magia de enamorarse con lo vano, la magia de construir sobre el futuro, de olvidarse del pasado, ahí se va el carácter...”

(Fragmento 2 entrevista Javier Osuna 2016)

A pesar del miedo su palabra se convirtió en libro y como un grito desesperado ha hecho eco en la

conciencia de nuestra generación, pues nos ha permitido reconocer, como dijera Fernando Savater, una verdad ética, una verdad que quema: *‘en este rincón de América Latina se materializó el horror, se banalizó la tortura y la desaparición forzada, se instaló el proyecto de la Necropolítica y atravesó la cultura, se normalizó la muerte como estrategia de consolidación del poder’*; Este es un horror del que todos somos responsables y la intención del narrador es lograr que los indiferentes comprendan

“que pudieron haber muerto en un horno, pero también que, perfectamente, pudieron ser los responsables de meter los cuerpos en el horno”.

(Fragmento 3 entrevista Javier Osuna 2016)

Con el relato desde el fuego, se dibuja la galería más aterradora del laberinto; en Norte de Santander ocurrió, nuevamente, aquello con lo que es *imposible reconciliarnos* (Arendt): se creó un sistema de producción en serie de la desaparición forzada como forma de la muerte⁹. A cientos de jóvenes les fue

⁹ “las cámaras de gas y los hornos son el punto culminante del largo proceso de deshumanización y de industrialización de la muerte, en la que una de las características originales es la de articular la racionalidad instrumental y la racionalidad productiva y

arrebatada la dignidad de su vida y su derecho a caminar en busca de una “muerte propia” (Rilke), la que todos llevamos dentro; y ahora, estas ausencias pueblan como fantasmas las calles del laberinto, parecen aparecer en las esquinas y en los callejones, parecen dejarse ver a través de las fotografías que asisten a las marchas mientras las madres, los hijos y las esposas gritan: “Vivos los queremos”.

Estos fantasmas se han convertido en “*espíritus protectores que, en oleadas de magma y agua surgentes, forman montañas, fertilizan valles y desbordan los ríos*” (Molano 2012, p. 13). Javier descubrió que los desaparecidos hablan y vuelan con alas de cucarrón, es nuestra tarea comprender lo que nos dicen, lo que siempre nos llevará a preguntar como Molano “*¿dónde están sus autores, sus actores?, ¿en qué paisajes dibuja la muerte su presencia?, ¿es posible sembrar los muertos en la tierra?*” (ibíd.). Y como se evidencia en su libro, hubo un rincón en Norte de Santander donde los grupos paramilitares abonaron un jardín de bellas flores con las cenizas que quedaron de los hornos en funcionamiento.

administrativa del mundo occidental moderno (la fábrica, la burocracia, la cárcel, el ejército).” (Mbembe, 2006, p.25)

La muerte que produce la vida, *“el fuego no desaparece, al final, la vida germina como las plantas que brotan de las cenizas”* (Osuna, 2015, p.284). Hoy el narrador camina de la mano de la muerte, ella se ha convertido en una compañía permanente y ha logrado comprender que...

“...entre vida y muerte se construye una especie de relación directa a la oposición memoria olvido, son necesarias, sin la una no existe la otra y armónicamente me esfuerzo por disfrutar de ese abrazo de ambas, no por quedarme con una ni con la otra, porque hay cosas que sería mejor no vivirlas nunca, sería mejor estar muertos para no vivirlas, hay vidas que, por el contrario son muerte... entonces, en este momento gozo como de ese abrazo de dos fuerzas que sé que permanentemente están en juego, pero consiente de que en el momento en que se determine que yo no debo seguir aquí, como decía Vallejo *‘con mi partida la tierra va quedar un poquito más clara’*”

(Fragmento 4 entrevista Javier Osuna)

Han sido cuatro galerías narrativas, cuatro bordes, cuatro límites, cuatro fronteras en las que se revelan las tecnologías del necropoder y las formas del juvenicidio en la ciudad de Cúcuta.

Galerías dolorosas ante las cuales la mirada sólo tiene la posibilidad de quedar petrificada por el horror que emana del cuadro de realidad que allí se nombra, o atender el llamado simple de la comprensión que brota entre sus líneas; esos sinuosos y exquisitos caminos narrativos que eligió Andrea para *hacer creíble el infierno vivido*, como gustaba en llamar Jorge Semprún a aquel esfuerzo hermenéutico que hace de lo innombrable y de lo inaudito, un texto que se deja escuchar, que se deja sentir, que se deja habitar.

Cada Galería tomó prestadas las palabras de los narradores de nuestro propio Auschwitz. En cada uno Andrea supo develar la hondura de una herida que se convierte en ofrenda para Asterión. Ante los *trenos* que resuenan en este escrito, los hijos del Bravo Norte tendrán que reinventar sus modos de resistir, para no seguir siendo devorados por el Minotauro y sus múltiples caras.

La fantasmagórica figura del Pimpinero, la amorfa condición de Gonzalo X, la trágica ausencia de un desaparecido y lo que queda del fuego, desnudaron los tejidos más íntimos de un dolor de frontera que solloza en las vidas precarizadas, aniquiladas, arrebatadas e incineradas que se fueron anudando en esta obra.

Las palabras usadas por Andrea son como signos de una misma catástrofe, y nos enseñan el sentido de toda investigación: *dar cuenta de sí en el gesto del otro...*

Tal vez allí resida el coraje de verdad que se torna inagotable en estas páginas. Será este un texto que soporte más de una lectura, porque en el fondo también habla una resistencia, la de quienes como Andrea, encuentran que de este lado también hay sueños.

Jaime Pineda Muñoz

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Agamben, Giorgio. (2009) Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III. España. Editorial Pretextos.

Badiou, Alain. (2005). El Siglo. 1ª ed. 1ª reimpr. – Buenos aires: Manantial 2009

Cohen, E. (2006) Los Narradores de Auschwitz. Argentina. Ediciones Lilmond. México. Editorial Fineo

Fuentes, C. (1992) El Espejo Enterrado. Colección Tierra Firme. Fondo de Cultura Económica. México D.F.

Heidegger, M. Serenidad. Revista Colombiana de Psicología [en línea]. Año 1994, Número 3. [Fecha de consulta: 28 de diciembre de 2015]. Páginas 22 – 28. Disponible en: <<http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4895214.pdf>>

Lanceros, P. (2005). Desde la fundación de la ciudad: exploración en la ciudad fronteriza. In: J. Muñoz and F. Martín, ed., La Filosofía del Límite: Debate con Eugenio Trías, 1st ed. Madrid: Biblioteca Nueva, pp.91-107.

“La gasolina la ponemos nosotros”. (2015). El Espectador. Recuperado 23 marzo de 2016, de <http://www.elespectador.com/noticias/economia/gasolina-ponemos-nosotros-articulo-581830>

Mbembe, Achile (2011) “Necropolítica” seguido de “Sobre el gobierno privado indirecto”. España, Editorial Melusina.

Molano Barrero, J. (2012). De viaje por los territorios y los mapas: Inscripciones, visiones y representaciones (Cuadernos de Utopía N° 3). Universidad Central. Bogotá: Ediciones Universidad Central.

Monsalve, D., Cañizares, W., Camargo, E. & Niño, E. (2010). Tantas vidas arrebatadas. La desaparición forzada de personas: una estrategia sistemática de guerra sucia en Norte de Santander. San José de Cúcuta, Norte de Santander, Colombia. Fundación PROGRESAR.

Niño, E., Camargo, E., & Cañizares, W. (2012). Frontera Norte de Santander - Táchira. In A. Avila, S. León, E. Niño, E. Camargo, W. Cañozares & C. Guerra, La Frontera Caliente entre Colombia y Venezuela (1st ed., pp. 204-346). Cota-Colombia: Corporación Nuevo Arcoiris - Random House Mondadori, SAS.

Pineda Muñoz, Jaime (2014) GEOPOETICA DE LA GUERRA: He oído música en el estruendo del combate y he hallado paz donde las bombas escupían fuego. Tesis Doctoral del Doctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. CINDE-Universidad de Manizales.

Sánchez González, Diego (2015) Música para oídos zurdos: Rock y Rap de resistencia en Bogotá. Bogotá-Colombia. Ediciones desde abajo.

Sarago, Darío (2015) La fiebre de los cerdos. Colombia. Colección: Caza de libros – Guillot Editores.

Valenzuela Arce, J.M. (2012). Sed de Mal: feminicidio, jóvenes y exclusión social. El Colegio de la Frontera Norte. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León.

Valenzuela Arce, J.M. (2015) Coord. JUVENICIDIO: Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España. Barcelona: Ned Ediciones: Guadalajara: ITESO; -Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.



YORLANDY ANDREA QUIÑONEZ SANABRIA

Comunicadora Social

Universidad de Pamplona

Especialista en Práctica Pedagógica Universitaria

Universidad Francisco de Paula Santander

Magíster en Educación y Desarrollo Humano

Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud

[CINDE-Universidad de Manizales]